

MANUEL FERNÁNDEZ-MIRANDA FERNÁNDEZ 1946-1994

Rodrigo de Balbín Behrmann*

Ya han pasado dos años desde la muerte de Manolo, y los sentimientos contradictorios que produce la muerte de un amigo, se van serenando, asentando, dejando paso al recuerdo amable de una persona con la que compartimos muchos momentos de la vida, con la que disfruté y discutí, y de la que tengo memoria continua y siento grande el vacío de su ausencia. Es cierto que la vida incluye la muerte, es cierto que el propio comportamiento aboca a esa consecuencia, pero es también cierto que cuando llega nos suele coger desprevenidos.

Así me ocurrió a mí cuando murió Manolo, cuya enfermedad conocía hasta los límites de la explicación médica, cuya intervención quirúrgica comenté con él el día anterior a que se produjera y cuya muerte repentina no esperaba.

1. LA JUVENTUD

Manolo nació en Gijón el día 8 de Octubre de 1946, dentro de una familia urbana de clase media, cuyo padre era el mayor de una larga estirpe de hermanos, uno de los cuales llegó a Presidente del Gobierno. Manolo era el nieto mayor, y ejercía esa condición reconocida en el seno familiar, con fruición, sintiéndose en parte heredero de un desaparecido mayorazgo, al menos en lo que al reconocimiento social significaba. Manolo siempre conservó ciertos componentes de carácter tradicional, conservador, reveladores de una formación y unos hábitos, de los que en todo caso no se arrepentía. Era un urbanita conocido en su ambiente, por motivos fundamentalmente familiares, y esa realidad le constituía y en parte limitaba.

Era un urbanita con una cierta vocación montaraz, que se manifestaba en lo fogoso de su carácter y en su gusto por el campo, dentro de un orden. El campo era el campo, las moscas las moscas, y los hoteles y la buena comida lo que un cristiano merecía. Hombre costero, "*culumollau*", jamás aguantó en una playa más que el tiempo suficiente para bañarse. Tras el baño, los saltos y los escarceos, buscaba ansiosamente un bar a la sombra donde tomar una cerveza y apartarse de la incomodidad de la arena.

La naturaleza sí, pero sin exagerar. La mejor naturaleza era la que se podía contemplar desde una terraza sombreada y fresca, en compañía de una copa y de amigos y amigas si era posible. Practicaba religiosamente el principio de la domesticación de la naturaleza salvaje.

Manolo poseyó la formación que correspondía a un miembro de su media condición social, religiosa en la infancia, en el Instituto para los últimos años del Bachillerato, arreligiosa a partir de ese momento, comprometida políticamente a partir del segundo curso de la carrera universitaria. Su bachillerato fue como el de muchos más en ciudades de provincia. Allí hizo un grupo de amigos que cultivaría hasta terminados los estudios universitarios.

Su aspecto siempre fue el del que posee unos kilos de más, pocos cuando era joven, muchos más tarde. Nadie podría haber reconocido en él una persona ágil o aficionada a la práctica del deporte, pero eso era un error. Manolo estaba muy bien dotado para la práctica deportiva, era muy ágil y tenía eso que se puede llamar equilibrio físico interno, y que vale para bien ritmar la actividad deportiva y el baile. Manolo jugó en los campeonatos escolares del año 60 en Madrid al balonmano, con el colegio de la Inmaculada de Gijón, jugaba bien al frontón y frontenis y amaba el football en su versión jugada y contemplada. Siempre perteneció a los equipos de fútbol de la Facultad, aquéllos que jugaban un desorganizado campeonato universitario, actuaba de delantero y tenía un remate de su especialidad, efectivo donde los haya, que consistía en darse la vuelta ante el portero a la llegada del balón y disparar de nalga. Era un procedimiento muy efectivo por el porcentaje de aciertos y porque desconcertaba y enervaba grandemente al equipo contrario, que con frecuencia quería acabar físicamente con el delantero gijonés.

En aquellos tiempos donde ligar no era pecado sino simplemente un milagro, Manolo, como todos los demás, lo intentaba con coraje. Ya las discotecas se habían inventado, pero se llamaban boites. Manolo en las boites era escandaloso, como en otros muchos lugares, y divertido, como casi siempre. Cuando empezaba el Rock and Roll, y no eran muchos los que dominaran el difícil arte de Travolta, él

* Área de Prehistoria. Universidad de Alcalá de Henares. C/Colegios, 2. 28801 Alcalá de Henares (Madrid).



Foto 1.- Manolo Fernández-Miranda en la Semana Santa asturiana de 1967. (Foto R. de Baibín).

hacía auténticos alardes de perfección y buen ritmo, medido, enérgico y vibrante. Cuando su tamaño físico fue aumentando, todavía resultaba más sorprendente esa gran habilidad suya, hasta el punto de que nuestro amigo Pepe Varela, con esa expresión suya intencionadamente distante, lo comparaba con acierto a los hipopótamos que tan bellamente danzan en la película Fantasía. Deporte y baile eran diversión, no profesión ni intento de desarrollo ascético. Eran algunos de los procedimientos de fuga que el de Gijón dominaba.

El joven estudiante asturiano llegó a Madrid en el curso 1963-64, para estudiar la carrera de Filosofía y Letras. Era buen estudiante. Poseía una aguzada y astuta capacidad de síntesis, que le permitía lucir brillantemente sus conocimientos, sin excesivo esfuerzo y con suficiente rigor. Tomaba breves notas escritas en fichas que eran de muy difícil entendimiento para todo aquél que no fuera él mismo. En ocasiones también él sufría las consecuencias de una excesiva síntesis, y no entendía bien lo que había escrito antes. Las largas noches de Primavera mantenidas a base de café y centraminas, producían a veces consecuencias funestas, pero ésto no era habitual. El bachillerato y la Carrera Universitaria fueron para él bastante sencillos, y muy buenos los resultados de sus

estudios. Tuvo tiempo para leer muchas cosas, para imaginar y construir ideas irrealizables, para ir al cine, al football, a la boíte, para cenar y tomar copas, y sobre todo para tratar con la gente y hacerse muchos amigos, no siempre profundos e imperecederos, pero siempre numerosos.

Manolo nunca pensó en vivir en un Colegio Mayor, que todavía era el sistema más frecuente entre los estudiantes no madrileños. Fue siempre un producto de pensión y pensiones. Al principio, y siempre acompañado por asturianos, su ecosistema eran las pensiones baratas de la parte alta del barrio de Salamanca, calle Padilla y aledaños, donde coincidió con una serie de especímenes originales, como él mismo, entre los que se debe destacar al Raru. Aquél submundo salido de una casa de la Troya actualizada, sin dinero pero con muchas ganas de juerga, muy poco proletarios pero con grandes preocupaciones sociales y culturales, fue la base de la que nunca se desprendió del todo, aún en sus épocas de triunfo. Al terminar la carrera, y antes de su temprano matrimonio, formó un imperio con varios de los componentes del ambiente pensionario, en la calle Canillas de Madrid, buena continuación del sistema libertario estudiantil en momentos de becas y Ayudantías. Era un mundo nada convencional, muy rico en anécdotas y vivencias, donde la amistad y la convivencia se disfrutaban y gastaban a raudales, sin límite. Todos compartíamos nuestra indigencia y disfrutábamos hablando o tomando copas. La vida nos interesaba, también las posibles y utópicas soluciones. Vivíamos en grupo, con pocos momentos para uno mismo. Aprendimos bastante de la gente y de la vida.

Allí comenzó el trabajo intelectual, la investigación y la docencia universitaria. Tenía una capacidad sorprendente de trabajo, de dormir poco y de conducir su actividad a aquello que le interesaba. Lo que le interesaba nunca estuvo muy claro para los demás, pero sí para él mismo, que fue organizando un curriculum bien pensado para las oposiciones, que eligió una tesis abarcable en el tiempo previsto, que estableció una serie de puentes de relación útiles para el futuro. No lo parecía, pero tenía una visión más que clara de lo que debía hacer para llegar al fin previsto.

Durante la carrera había alguna cosa que estudiar y muchas que conocer. De aquél numeroso curso de 14 historia de la Complutense han salido muchos profesionales importantes en la Cátedra, el CSIC y los museos. Fue el momento de transformación de la universidad, de su crecimiento, de las grandes preocupaciones, de cambio político, pero dentro de una necesidad natural de relacionarse, de conocer, incluido el sexo opuesto, que por cuestiones

de formación desconocíamos casi completamente. Todo se hacía, pero con un espíritu dicharachero, al menos en lo que a nosotros concernía.

Manolo era bastante terrorista, no soportaba a los tontos y podía ser cruel con ellos. Su voz y su talante no eran especialmente discretos, y cuando se aburría en clase sus comentarios eran oídos por todos. Suscitaba odios y amores, más lo último, y soltaba con frecuencia patas de banco que molestaban. Sin embargo tenía varias habilidades raras, como saber echarse atrás cuando se excedía, y un atractivo jugueteo que hacía que la gente le consintiera mucho más que a los demás. Era muy simpático, y aunque sus bromas pudieran en algún caso ser excesivas, salía casi siempre triunfante.

Entonces no existía la especialización que progresivamente se va imponiendo, y que tiene cosas buenas y malas, como todo en la vida. Nuestra formación era más amplia y menos especializada. Estudiamos desde Prehistoria hasta Historia Contemporánea, Lengua y Literatura, Filosofía, Latín y Griego. Los intereses de todos se fueron decantando poco a poco. Lo nuestro tampoco era una vocación temprana. Cada curso tenía nuevas curiosidades y preguntas, acercamientos a los diversos profesores y una elección que se fue produciendo, a veces de un modo más vital que intelectual. La posibilidad de participar en excavaciones arqueológicas desde el tercer curso de carrera con el grupo de Almagro, fue avivando nuestro interés por la Arqueología, y nos llevó hasta su práctica profesional. La Arqueología nos proporcionó posibilidades de relación y conocimiento. La convivencia en las excavaciones amplió nuestro saber y abrió unos caminos que hasta entonces no conocíamos.

2. LA PROFESIÓN

Los que no lo recuerden personalmente, habrán oído contar que las relaciones entre las diversas escuelas arqueológicas eran entonces muy malas. Los enfrentamientos entre los diversos maestros eran durísimos, y parecía debían ser heredados por los discípulos como si de una venganza familiar se tratara. Ser amigo de los catalanes era fundamentalmente una traición. Los valencianos debían ser rechazados por su origen y referencia, en Madrid todos eran enemigos potenciales, los aragoneses podían ser colaboradores, pero no se podía uno fiar de ellos.

Manolo tenía un espíritu abierto. Desde el principio de nuestras excavaciones en Mallorca estableció, en compañía de otros, muy buenas relaciones con los llamados periféricos. Los amigos que enton-



Foto 2.- José Manuel González Ortea y Manuel Fernández-Miranda en su imperio de la Calle Canillas, en el año 1971. (Foto R. de Balbín).

ces hicimos lo han seguido siendo hasta ahora. Las escuelas y banderías se han diluido hasta su práctica desaparición. Pocos conservan la fidelidad absoluta a las pretensiones de sus mentores intelectuales. Aquello que algún maestro llegó a entender como una flagrante traición sirvió para abrir nuestras fronteras mentales y para relacionarnos mejor.

Esto no significaba necesariamente estar en contra del jefe y maestro, desde luego no en el caso de Manolo. Sus relaciones con Martín Almagro Basch fueron casi siempre inmejorables. Suplía con buen humor las posibles imposiciones y arbitrariedades, y descolocaba con sus salidas las propuestas y el comportamiento de aquél sólido aragonés. Manolo se entendía con Almagro de un modo que a mí me resulta todavía sorprendente. No parecía haber ninguna comunidad de caracteres, orígenes, principios políticos ni intereses intelectuales, pero algo había, porque el entendimiento fue muchas veces casi perfecto. Algo había de la simpatía de Manolo y en su inmensa capacidad de adaptación, que le hicieron triunfar en una relación siempre difícil y nada igualitaria. Sólo la publicación del homenaje al maestro, su organización y financiación, acabó produciendo entre aquél y el discípulo predilecto un distanciamiento definitivo.



Foto 3.- Alfonso Moure, Helena Orta, Juan Pedro Garrido, Manuel Fernández-Miranda y Rodrigo de Balbín ante la puerta de Ras Shamra, en el viaje arqueológico de 1972. (Foto Mariano del Amo).

Fue Almagro el que personalmente nos acogió al terminar los estudios universitarios, a través de aquellas becas de investigación, FPI, que el Ministerio concedió por primera vez en España, y de las que nos beneficiamos algunos principiantes, ayudados por el empuje y la autoridad reconocidas de D. Martín. La simbiosis que entonces existía entre el Instituto Español de Prehistoria del CSIC, el Museo Arqueológico Nacional y el Departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense de Madrid, nos permitió estar a caballo entre todas esas instituciones, a las que se unía también la Comisaría General de Excavaciones, proporcionándonos una actividad

grande, compleja y un tanto indiscriminada. Servíamos para un roto y para un descosido, hacíamos nuestra Tesis Doctoral, dábamos clase en la Facultad de Filosofía y Letras, excavábamos en el campo para nuestros trabajos doctorales, y apagábamos fuegos en la Comisaría de Excavaciones y en el Museo, cargando materiales, excavando en yacimientos de toda época, como Melque, Mérida o Segóbriga, montando salas y actuando como Inspectores de Excavaciones, dentro de una nomenclatura que recuerda más a una organización policial que a un organismo científico.

Eran épocas de gran ebullición y actividad, el tardifranquense en denominación prehistoricista.



Foto 4.- Mariano del Amo, Manuel Fernández-Miranda, Salvador de Sancha y Juan Pedro Garrido en Byblos en el viaje arqueológico de 1972. Manolo muestra enardecido un fragmento de barniz rojo a la concurrencia. (Foto R. de Balbín).



Foto 5.- Manuel Fernández-Miranda junto al parador de Alarcón, en el año 1973. (Foto R. de Balbín).

Estábamos inaugurando, o así lo creíamos, un mundo nuevo. Los departamentos universitarios se abrieron a la entrada de muchos nuevos profesores, entonces subempleados y sometidos. Había una Junta de PNN, a la que pertenecíamos con otros amigos, como Tussell, Coma, Plácido, Faci, y otros muchos, que llegó a ser una de las pesadillas de la universidad franquien-se, y base de la Junta Democrática que se creó en la misma. Las reuniones tenían un evidente interés, y el compromiso era generalmente amplio, pero ya entonces había jóvenes profesores que se escuchaban con excesiva fruición e intervenían largo rato con motivo o sin él, como San Pablo. Además de ciertas bromas e intentos de conseguir la adecuada brevedad, Manolo tenía un monotema, que surgía casi siempre, y era que se equiparara nuestro salario con el mínimo interprofesional. Yo solía solicitar una bedelía numeraria, que me parecía algo mucho más sólido y probablemente más científico.

Ya en el transcurso de la carrera había tenido Manolo oportunidad de conocer las islas Baleares como becario de una etérea Fundación Bryant, donde lo pasamos muy bien trabajando muy poco en las excavaciones de Pollentia. Las relaciones personales de Almagro en Mallorca, y el conocimiento directo de las antigüedades baleares, que comenzó por la Illa dels Porros, llevaron a Manolo hacia el planteamiento de una Tesis Doctoral sobre la Prehistoria de las islas. Fue el Jefe, como siempre gustaba decir Manolo, el que primero nos condujo hacia la arqueología romana, y el que luego nos ayudó a encauzar nuestro

interés hacia otras zonas de la actividad arqueológica, la protohistórica en el caso de Manolo, las representaciones rupestres, en mi caso.

Entretanto excavábamos. Hubo que inventar sistemas de excavación, dibujo y fotografía, porque esas eran cosas que nadie nos había enseñado nunca. Nuestra preparación en ese caso se hizo sobre el terreno, observando mucho, aprendiendo de los alemanes, que entonces eran los maestros en la arqueología de campo, y sobre todo colaborando y ayudándonos nosotros mismos. De aquellas épocas son las excavaciones de Pollentia, Mérida, Melque, Loma de Chiclana, Almallutx, Verdelpino, Adra, Torralba d'en Salort, Toscanos, Illa del Sec, etc., bastante heterogéneas en su entidad y cronología, pero parte normal de una actividad como la nuestra, intensa y variada. Todo ello se hacía al tiempo de la tesis y las clases en la Universidad.

Desde antes de terminar la carrera universitaria tuvimos oportunidad de participar en la arqueología del mundo de las colonizaciones, invitados por Juan Pedro Garrido Roiz, que ya entonces dirigía las excavaciones de La Joya en Huelva. El contacto con esa realidad marcó para siempre al investigador Fernández-Miranda, que nunca abandonó esa parcela de conocimiento, ni los proyectos de excavación en el Sur colonial. Así las excavaciones en Huelva, La Tiñosa, y Niebla, dentro de proyectos en los que participé en parte y que corrieron diversa suerte. Los trabajos que Manolo realizó en Huelva y La Tiñosa, en colaboración habitual con María Belén Deamos fueron importantes y referencia habitual en la época.



Foto 6.- Manuel Fernández-Miranda y María Belén Deamos en la visita a los dólmenes de la Rioja alavesa realizada durante el Congreso arqueológico Nacional de Vitoria. (Foto R. de Balbín).



Foto 7.- Manuel Fernández-Miranda en visión calvar y el Raru en las excavaciones del cabezo de San Pedro, Huelva, 1972. (Foto R. de Balbín).

Era un buen camino de investigación que se vió frustrado por la entrada de nuestro protagonista en la Administración Pública, que sin embargo volvería a tratar en trabajos de síntesis y revisión, o en su intento de recuperar las excavaciones de Lixus en Marruecos, su punto de reencuentro con la arqueología de las Colonizaciones.

Por ese interés nuestro en el mundo colonial organizamos un viaje arqueológico a Líbano y Siria en la Semana Santa de 1972, en la intención de conocer los sitios originarios de la colonización fenicia y de hacer un viaje de recreo arqueológico. A la ida y a la vuelta pasamos por la Varsovia comunista. Ésto se puede bien explicar por el hecho de que el viaje en aerolíneas Lot era el más barato posible hacia el Oriente cercano, y también porque la Semana Santa en nuestro país era entonces obligatoria y obsesiva. La ida hacia países que no practicaran ese ritual podía ser muy relajante, además de proporcionarnos oportunidades de conocimiento que deseábamos. El viaje fue bello e interesante, ciertamente memorable, pero la Polonia comunista era tan practicante como la actual, y el día de Jueves y Viernes Santo todos los lugares de esparcimiento cerraban religiosamente an-

te el imperio de los polacos haciendo colas en las iglesias. Nuestro concepto del Telón de Acero adquirió desde entonces una dimensión diferente.

Por aquel entonces la mili era obligatoria y entre los estudiantes solía realizarse en la versión universitaria, que suponía dos veranos enteros de campamento y unos meses de prácticas, como oficial o suboficial. Nuestra afición por las armas no era excesiva, y además era el verano el momento adecuado para acudir a las excavaciones que nos proporcionaba el Jefe. Yo comencé el servicio militar en Enero del año 1969 y Manolo en Junio del mismo año, en el Ferral de León, mientras yo, con permiso, ejercía de inspector en las excavaciones del Instituto Arqueológico Alemán en Marialba. Cuando salía Manolo del campamento, los sábados, venía a ducharse al hotel inundando de olor a tropa la habitación, y juntos marchábamos para Asturias, hasta la vuelta del Domingo por la noche.

Su mili fue un tanto peculiar. Al terminar el campamento le destinaron al Batallón Lanzacohetes de Astorga, donde sirvió como cabo artillero. Su desesperación comenzó pronto, cuando vió que de allí no era fácil salir, que los permisos eran escasos, y

que le resultaba imposible volver a Madrid para continuar con su tesis. Le conseguimos diversos permisos de examen, pero eso sólo paliaba en parte su incapacidad de seguir con la vida normal. A través de la situación de su tío Torcuato consiguió ser trasladado de región militar, saliendo su cambio de destino en el Boletín Oficial del Ministerio del Ejército, hecho insólito que por lo espectacular resalto aquí. Una vez en Madrid su destino fue la oficina de la Comandancia de un cuartel de Artillería, donde al principio cuadraba estadillos, en sustitución de otro amigo nuestro, arabista, que cuando se enfadaba con el sargento le rellenaba los papeles en correcto árabe clásico. Tras diversas dificultades consiguió reintegrarse a la vida profesional.

También por aquellos años acometió con Alfonso Moure Romanillo la polémica excavación de Verdelpino, que le puso rápida y críticamente en el candelero, por la propuesta de unas fechas de C14 asociadas a cerámicas lisas anteriores a las clásicas impresas del Levante. Su propuesta se refería además a un abrigo situado bajo la Ciudad Encantada de Cuenca, cuando hablar de Neolítico en la Meseta era

poco menos que pecado. No era menos pecaminoso proponer un desarrollo variado del Neolítico peninsular, sin formas cardiales y en fechas del 6.000 a.C., y Manolo asumió el reto con osadía y con una presentación brillante del problema, ante los muchos detractores que surgieron. Comenzaba un momento muy bueno de la carrera de mi amigo, espectacular y chispeante, que auguraba para él una situación profesional y un porvenir de relieve. •

En compañía de María Belén, Antonio Limón, Primitiva Bueno y Alicia Rodero, acometimos después la excavación de Castilviejo de Guijosa, en Guadalajara, zona que me es especialmente querida, y en la que he seguido trabajando hasta la actualidad. Se trataba de un primer análisis del Bronce Final de la zona, fenómeno de gran transcendencia y posibilidades en el Centro, con planteamientos nuevos y vocación de futuro. Ese futuro se vio interrumpido por avatares diversos, aunque ahora siga formando parte de nuestros intereses, dentro de la Universidad de Alcalá de Henares. Manolo tenía mucha prisa por terminar el trabajo y publicarlo, pues debía estar convencido de que las oposiciones a la Universidad, que

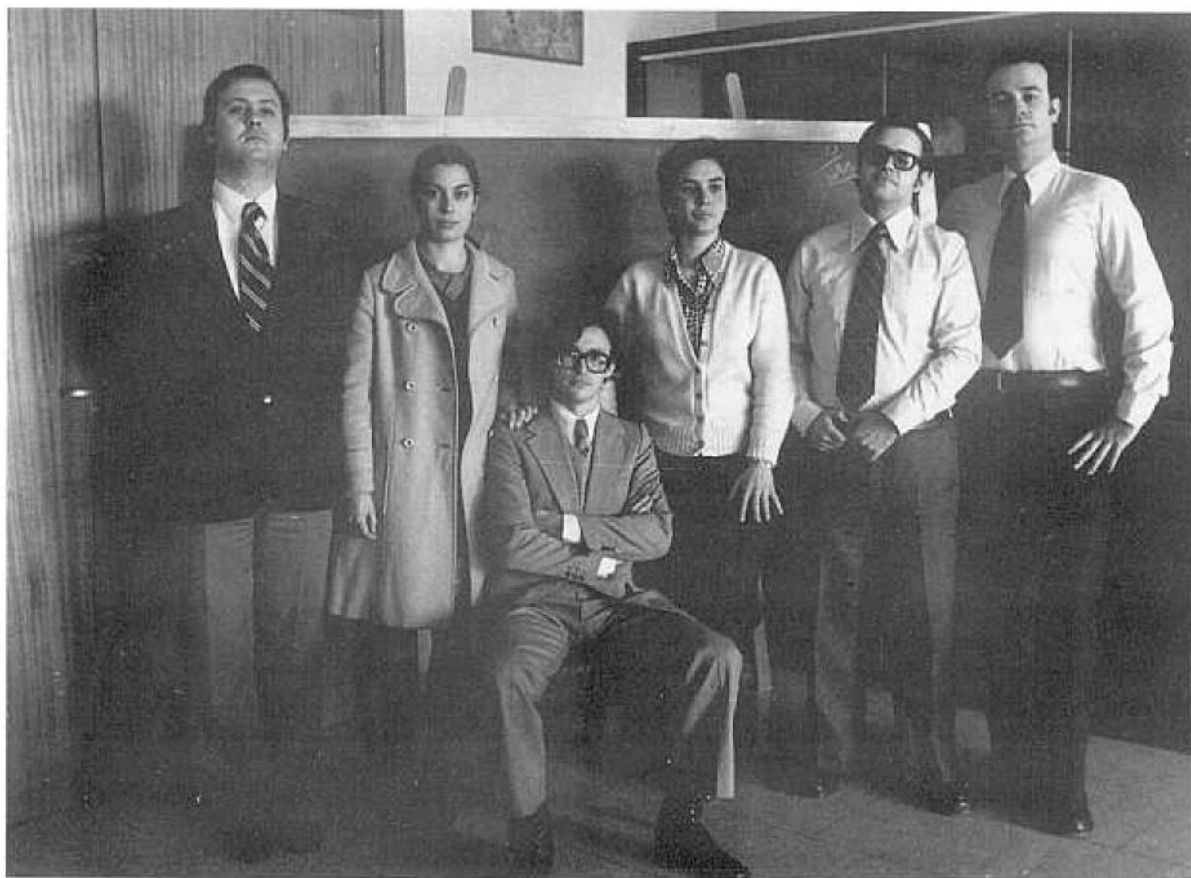


Foto 8.- Manuel Fernández-Miranda, María Belén, Antonio Limón, Marisa Cerdeño, Alfonso Moure y Rodrigo de Balbín en el Departamento de Prehistoria de la Complutense. Año 1975. (Foto Rodrigo de Balbín).



Foto 9.- Manolo Fernández-Miranda en situación superior dentro del Departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense. Año 1975. (Foto R. de Balbín).

llevaban tanto tiempo paradas, saldrían pronto, y había que acometerlas con un suficiente bagaje escrito. Fue su acometida del verano de 1977, donde remató publicaciones y preparación hacia su primera meta, la Agregación de la Universidad de Madrid.

Sabía las plazas que salían a concurso, y pretendía la de Madrid, no otra. Se preparó, estudió, realizó una vez más sus incomprensibles esquemas, apuntó la situación de cada uno de los libros de interés en la Biblioteca del MAN, y se presentó aparentemente tranquilo. La forma era entonces más compleja y probablemente más justa y pública que ahora. El concurso era nacional, y desde allí se accedía a la plaza concreta de que se trataba. Se hacían seis pruebas seguidas, y había fuertes competidores, dado el tiempo transcurrido sin oposiciones. Manolo iba de ganador, aparentemente tranquilo, y con todos los apoyos necesarios. Fue una oposición debatida, hubo mucha competencia, siete miembros del Tribunal y muchos nervios. Consiguió en el segundo examen una luxación en la pierna derecha, producto de la tensión nerviosa, y tuvo que concurrir a las siguientes pruebas con bastón. Seguía afirmando que se encontraba en perfecto estado, tuvo otra luxación y terminó la oposición en silla de ruedas. Había ganado

en dura competencia la plaza de Madrid. Él interiorizaba casi todo y manifestaba muy poco de su interior al proceloso exterior público.

Su carrera había sido fulgurante. Tenía importantes aportaciones científicas, treinta y un años y la muy cotizada plaza de Madrid. Todo le sonreía y el porvenir no podía ser más esperanzador. Por aquellos momentos, nos encontramos en la transición democrática, entró en el Gobierno la UCD, que como todos los grupos democráticos españoles tenía pocas figuras en sus cuadros para cubrir la naciente Administración. Todos tenían mucha ilusión y todos eran muy jóvenes e inexpertos. Entre esos jóvenes ilusionados se encontraba un amigo de la carrera, Javier Tusell, nombrado Director General de Bellas Artes, que buscaba un subdirector general de Arqueología y lo encontró en Manolo. Su posición política estaba claramente a la izquierda de la UCD, pero el cargo era interesante y profesional, y el jefe directo amigo.

Aunque Manolo fuera un hombre de ideas claras, había en su carácter un cierto desdoblamiento, probablemente como en todos. Las relaciones, el oropel, el ruido, los viajes, y en último término el poder, o lo que podía llegar a su parcela, interesaban al nuevo subdirector, pero también le interesaba la Arqueología a la que había concursado. Ésta le siguió siempre interesando, pero bajo un prisma seguramente diferente. Los largos años de Subdirector y luego Director General con los socialistas, le apartaron de la investigación arqueológica inmediata, como no podía ser menos, y tuvo que dedicar sus esfuerzos desde entonces y sobre todo a la promoción de actuaciones arqueológicas, reuniones de Patrimonio y diversos Comités. Desde el Ministerio y fuera de él creyó siempre en la importancia de la Arqueología española, y en la necesidad de presentarla en los foros internacionales, pero no desde un punto de vista personal,



Foto 10.- Manuel Fernández-Miranda, mas o menos en el centro derecha, rodeado de un amplio grupo de sabios y estudiantes ante la Cueva de Font de Gaume. Año 1981. (Foto R. de Balbín).



Foto 11.- Manuel Fernández-Miranda en Lanzarote, año 1986. (Foto Rodrigo de Balbín).

sino desde otro mucho más generoso, colectivo e institucional. Inició relaciones con los franceses y los italianos, y acabó siendo el interlocutor español del Instituto di Studi Fenici hasta la realización del Congreso de Cádiz de 1995, que remató M.^a Eugenia Aubet. Buscó y promocionó actuaciones concretas españolas en el extranjero, en Túnez y en Marruecos, sin que desgraciadamente, y por diversos motivos, pudieran quedar definitivamente asentadas.



Foto 12.- Manuel Fernández-Miranda, Conchita Martín y Rodrigo de Balbín en el puerto de Rañadoiro, verano de 1990. (Foto P. Bueno).

Creía, con otros, que las grandes referencias arqueológicas españolas debían ser revisadas y puestas al día con métodos actuales subsanando errores de investigación y ofreciendo versiones científicas presentables. Esa era en parte su intención al acometer Lixus, y lo fue desde luego al reiniciar Almazaraque con Delibes, Fernández-Posse y Martín. Se trataba de dar contenido a una serie de afirmaciones repetidas sobre documentos no siempre bien estudiados, de revisar lo existente y crear un punto de partida válido. A veces él mismo era protagonista de esas actuaciones, y otras veces otros, pues él se sentía bien pagado iniciando un movimiento que pudieran terminar otros.

El mundo de la Administración, de las relaciones, de los viajes, era el que más le gustaba; la provisionalidad, el ejecutivismo, las reuniones, algo consustancial a su comportamiento. Había olvidado cómo se descansaba, y se aburría cuando lo intentaba, por ejemplo en sus breves estancias en Gijón. La vuelta a la Cátedra de Madrid, tras una estancia teórica en León, fue más dura de lo esperado. Aquél mundo, universitario, rutinario e inevitablemente mediocre, no le hacía en absoluto feliz, pero lo practicaba con sentido del deber y sin ilusión. Manolo siempre tuvo muchos amigos. Su relación con los de la Facultad seguía viva, y había reverdecido con el grupo de la Revista de Occidente y de la Fundación Ortega, con Pepe Varela y Juan Pablo Fusi. Manolo tenía una gran capacidad de adaptación, le gustaba aglutinar amigos en su torno, y lo hacía muy bien. Era un nexo entre diversos grupos, que se relacionaban a través de él. Le gustaba mezclar peras con manzanas, y hacía ensayos frecuentemente explosivos, con bastante éxito. Era capaz de aguantar muchas horas de reunión tratando de cosas que no le interesaban en absoluto, con sólo alguna *boutade* o burla cuando colmaba su vaso. Colmaba su vaso alguna vez, y a veces por simple acumulación, no porque la provocación inmediata tuviera la culpa.

Durante su estancia en el Ministerio hizo nuevos y abundantes amigos, inició nuevas empresas y buscó cauces a su actividad incansable. Dentro de aquel ambiente encontró un grupo de profesionales de calidad que le acompañaron y secundaron en muchos de sus postreros proyectos. De esta fructífera relación salieron proyectos como el del Acequión, Almazaraque, o el Sureste, que fueron en buena medida su investigación de los últimos años. La Fundación Ortega y Gasset ocupó mucha parte de su tiempo, aunque las mañanas solían pertenecer a la Facultad. Sus comidas siempre eran fuera de casa y sus tardes de la Fundación, con una última parte para los cursos de Doctorado y una noche para la relación, las cenas,

los amigos y las copas. Nunca durmió más de 7 horas, ni siquiera cuando aparentemente descansaba.

Dentro del Ministerio tuvo muchas y fértiles ideas, como la de poner en contacto a los investigadores de los diversos lugares de España en las Juntas Superiores de Excavaciones, Museos y Arte Rupestre o la realización de los RAE, catálogo bibliográfico español de evidente utilidad, que no fueron continuadas porque sus sucesores carecían de una visión amplia y promotora de la Arqueología española. Fue también el principal hacedor de la Ley de Patrimonio, que incorporaba normativas necesarias y abría las posibilidades del mecenazgo y el comercio legal y organizado en España. La aplicación real de esas normativas, y el caos actual no estaban en su espíritu. Eso fue creación de otros.

Con frecuencia, y ante el agobio que alguna vez sufría, buscaba labores que le relajaran, no propiamente descanso, sino actividades que le permitieran cambiar de aires y apartarse algo de lo cotidiano. Mi presencia en las Islas Canarias fue el motivo de que iniciáramos los trabajos arqueológicos en la isla de Lanzarote, en una colaboración que se continuó hasta su muerte y que dió como resultado una amplia comunicación en el Congreso Nacional de Arqueología celebrado en Canarias. Estaba previsto continuar en la línea iniciada, pero su muerte dió al traste con éste y con otros proyectos en los que gustaba meterse. Siempre tenía alguna idea bullendo en la cabeza. El último proyecto conjunto fue el del segundo Congreso Peninsular de Arqueología de Zamora, celebrado recientemente y donde prestó desde el principio su colaboración desinteresada, como Germán Delibes, Mimi Bueno y yo mismo. Esa empresa a la que le asociamos pronto, entraba muy dentro de lo que él entendía se debía hacer: una relación internacional e institucional entre dos países con evidentes intereses comunes que fuera el marco de posibles trabajos conjuntos.

Un ámbito menos internacional al que nunca negó su colaboración fue el asturiano, y más concretamente el gijonés. Nunca renunció a su condición de *culumollau*, poseía buenas relaciones entre sus paisanos, y mucho interés en la promoción de sus asuntos arqueológicos. Fue claramente el promotor del Proyecto Gijón, que incluía las excavaciones en el Torrexón de Veranes, la Campa de Torres y las excavaciones romanas de Cimadevilla. Estas actuaciones constituyeron luego la base principal de la exposición de los Astures, realizada cuando él ya había muerto. Le gustaba hacer de ilustrado asturiano, gijonés, y participar en los proyectos culturales de su pueblo. Era también una excusa para acudir a Gijón, pues había una actividad a realizar que justificaba su



Foto 13.- Álvaro de Balbín Bueno, Manuel Fernández-Miranda y María Limón Belén en Cádiz, 1992. (Foto R. de Balbín).

presencia allí. Ir para sólo descansar le parecía excesivo.

3. EL FUTURO

¿Qué habría sido de la vida de Manolo si ésta se hubiera continuado, en vez de cercenarse de un modo tan sorprendente y absurdo? No es fácil hacer ucronías, pero seguramente podríamos ahora imaginar algunas posibilidades, como si fuéramos nuestro protagonista y él estuviera una vez más de tertulia entre nosotros.

Probablemente hubiera sido más posada en el trabajo y en el afecto. Manolo llevaba una vida compleja en todas sus manifestaciones, pero al final tendía mucho más a las cosas que le parecían más sólidas, como por ejemplo la amistad. Se llevaba magníficamente con los niños, y ejercía excepcionalmente de tío con los míos. Yo le recomendé más de una vez que se casara y tuviera hijos, ante su fingido horror y sus violentos insultos a mi persona. Quizás al final hubiera podido formar una familia, cosa de la

que antes era simplemente incapaz. Sus relaciones afectivas eran provisionales, variadas y muchas veces casuales. Su matrimonio no salió bien, y eso no causó una especial sorpresa a nadie. No era ese en principio el mundo de Manolo, podría haberlo sido después.

Hubo muchas decepciones en el interior de ese ejemplo de triunfador, aunque él protegía su intimidad con todos los medios a su alcance. Él suponía que sus amigos debían reconocer sus elementos íntimos sin que él se viera obligado a revelarlos. Los excesos afectivos o de sinceración no eran en absoluto de su gusto. Gustaba de relaciones más superficiales y menos comprometidas, divertidas, originales, populares o cultas. Tenía muchos proyectos, siempre muchos, y una imaginación desbordante, que le permitía relacionarse con ambientes muy variados y adaptarse bien a ellos. Ignoro si entre aquéllos existiría alguno afectivo definitivo. Siempre buscó, pero creo sinceramente que no llegó a encontrar lo que buscaba.

Encontraríamos al profesor Fernández-Miranda ahora en proyectos de Patrimonio, en mesas redondas sobre el mismo, en asociaciones culturales, en proyectos para promocionar la Arqueología española, en la dirección de Tesis doctorales, en las relaciones internacionales con organismos científicos, en la arqueología de las colonizaciones mediterráneas,

en el mundo del Megalitismo y del Calcolítico, en África. Lo encontraríamos muchas veces, hasta en la sopa, omnipresente, astuto, riendo y divertido. Más posado, más añejo, como los buenos vinos. Habría madurado.

Siempre recuerdo en estos casos una película divertida y seria, que era *Negocios de Familia*. En ella, y dentro de un ambiente irlandés de USA, se celebraban las muertes de los amigos en una reunión donde se bebía cerveza y whisky, se recordaba amablemente al deudo muerto y se cantaban bellas canciones regionales, como diría Manolo, entre ellas y principalmente *Oh Danny Boy*. Manolo hubiera requerido un funeral de este estilo. Una especie de canto a la vida con la muerte presente. Una afirmación vital de que seguimos y nos queremos, pese a todo y pese a que él murió. Es verdad que no se muere del todo mientras se vive en la mente de los que a uno le quieren. A Manolo muchos seguimos aún recordándolo, amablemente, y echándolo de menos en muchas circunstancias en las que su ausencia hace daño, choca y hiera. Es verdad que hacemos falta a los que nos quieren, y Manolo fue muy querido.

Madrid, Octubre de 1996

